

NARRATIVAS GALLO NERO

93

Arboreto salvático

MARIO RIGONI STERN

PRÓLOGO DE PAOLO COGNETTI

TRADUCCIÓN DE
BLANCA GAGO DOMÍNGUEZ



Título original:
Arboreto salvatico

Primera edición: septiembre 2024

©1991, 1996, 2015, 2021 Giulio Einaudi Editore s.p.a., Torino

© 2024 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2024 de la traducción: Blanca Gago Domínguez

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84- 19168-54-2

Impreso en España

Depósito legal: M-12119-2024

Arboreto salvático

PRÓLOGO

Mario Rigoni Stern tenía poco más de cuarenta años cuando empezó a plantar árboles alrededor de su casa. Ese gesto que en la ciudad es amable, ecológico e incluso poético, en la montaña asume un cariz distinto, casi subversivo. Los montañeses tienen alma de leñadores, y su destino siempre ha pasado por talar plantas, extraer tocones, reunir piedras, aterrizar los terrenos en pendiente, regar y abonar para obtener campos y pastos. El bosque se extiende alrededor, existe por su cuenta, tan exuberante e invasor que, en cuanto nos damos la vuelta, se reapropia de la menor conquista humana, siempre tan fatigosa; así, ¿quién arruinaría un prado plantando pinos y abedules, que ni siquiera dan fruto? Solo alguien empeñado en llevar la contraria. Eso Mario lo sabía muy bien: la civilización alpina comienza con quien tala los árboles, no con quien los planta.

El hecho es que en mitad de sus montañas y su vida apareció la guerra. No una, sino dos: la primera, que no llegó a presenciar, arrasó el altiplano de Sette Comuni en 1916 como una tempestad. En un año de contienda entre italianos y austrohúngaros, quedaron destruidos no solo numerosos pueblos de la zona, sino casi todos los bosques: incendiados, devastados por los bombardeos o talados por las exigencias de la guerra. Luego la tormenta se desplazó a otro lugar. Llegó el día en que se corrió la voz de que había terminado; entonces los montañeses desperdigados por la llanura pudieron regresar al altiplano. Si el paisaje es una forma de escritura, es decir, constituye la historia de la presencia humana impresa en la tierra, aquellos montañeses se encontraron con una biblioteca convertida en humo. Del trabajo fraguado durante siglos ya no quedaba ni rastro.

Mario llegó al mundo poco después, en 1921. Durante su infancia, el mundo perdido de ayer poblaba los recuerdos de su familia, las historias escuchadas a la lumbre y sus propias fantasías. El mundo de ayer era un cúmulo de escombros: al dar la vuelta a un terrón, aparecía un residuo bélico e incluso un cadáver cuya nacionalidad ya no tenía la menor importancia. Fue entonces cuando la gente empezó a hacer algo que nunca había hecho antes en el altiplano: plantar árboles. Pequeños abetos, sobre todo, para reforestar aquellas montañas sometidas al martirio. Un día al año, los escolares salían de excursión para «plantar plantones». La guerra —no solo como batalla, sino también como irrupción violenta de la modernidad, al igual que sucedería más tarde con la industrialización o el turismo de masas— transformó los vínculos entre el ser humano y el bosque. Ya no se trataba de arrancar terreno a este y civilizar lo selvático, sino todo lo contrario: plantar árboles era pedir perdón por todo el daño causado por el hombre, reconstruir la antigua biblioteca, tratar de que el propio mundo volviera a ser habitable.

Luego llegó otra guerra para Mario, que esta vez le tocó vivir en primera persona y lejos de casa. Pasó casi siete años como soldado, entre 1938 y 1945, en las campañas de Francia, Grecia y Rusia; vivió la terrible retirada en la nieve de enero de 1943 y luego un año y medio en varios campos de prisioneros antes de regresar al pueblo a pie, atravesando las montañas, y por fin quitarse el uniforme de encima. Entonces el altiplano ya no mostraba heridas: esta vez, las heridas eran suyas; era él, Mario, la landa desolada de donde brotaban la chatarra y los cadáveres. El bosque lo curó poco a poco. Estar solo, en silencio, en aquel templo de vida se convirtió, para él, en una forma de plegaria. Con el paso del tiempo, ambas guerras se confundieron en su

interior hasta formar una sola, la guerra del ser humano que es siempre la misma y no deja tras de sí más que destrucción. Al cabo de casi veinte años, cuando empezó a plantar árboles, el gesto aún conservaba el significado de curarlo a él y a la tierra. De ahí que el arboreto sea salvático, «un salvático que se vuelve salvífico, que conduce a la salvación».

Dos árboles de entre todos tenía como preferidos. Uno era el alerce, el rey de la vertiente sur de los Alpes, hermano del abeto que siempre busca el norte, la humedad y la sombra. Al alerce, en cambio, le encanta el sol; quiere aire, luz, cielo, y creo que Mario halló en él los rasgos de su propio carácter. Es un árbol que puede crecer entre iguales, pero se alza más bello en solitario, en mitad de un prado o en la alta montaña. Esos ejemplares, expuestos a la intemperie, también son los más atormentados por el viento, la nieve y el rayo, bellos como los rostros marcados por la vida; y también Mario era así: un escritor que decidió vivir apartado en su altiplano, en contacto con el aire y el sol, y consagrarse a la larga y esforzada tarea de convertir las propias heridas en una forma de belleza.

El otro árbol es el abedul, que le recordaba a Rusia; esa tierra en la que había combatido, sufrido, visto morir a tantos amigos; que había atravesado a pie por la nieve, maldecido y por fin amado. El abedul cantado por los poetas y retratado por los pintores es, para los rusos, símbolo de la Virgen y la esposa por su corteza blanca, pero también de fecundidad y nacimiento. Mario, que como escritor debió de sentirse un poco ajeno a la literatura italiana, siempre tan urbana y alejada, por tradición, de los bosques, halló en la rusa su literatura de adopción: en los campos de Tolstói, las batidas de caza de Turguénev o los jardines de Chéjov. Este último se convirtió en el autor que sentía

más cercano, pues buscaba, como él, la sencillez, la claridad, la luz; y también plantaba, como él, árboles alrededor de su casa de Crimea.

Este *Arboreto salvático* es el resultado de dicha búsqueda. Es el libro más poético, a la vez que científico, de Rigoni Stern, que no le valió ningún premio literario, sino un doctorado *honoris causa* en Ciencias Forestales. Es un libro luminoso y enigmático que Mario escribió no a los cuarenta años, sino a los setenta; es, por tanto, el libro de un hombre que se adentra en la vejez, que tiene ante sí la última parte de su vida y empieza a pensar en la muerte. Quien planta árboles sabe que, aunque pueda acompañarlos en su crecimiento, nunca alcanzará a verlos en su adultez: un alerce de treinta años todavía es un retoño tan alto como una casa, a partir del centenar desarrolla su plenitud, con doscientos adquiere su majestuosidad y, en ciertos lugares alpinos, existen ejemplares de dos mil años. Para un árbol de dos mil años, la vida de un hombre con todos sus amores, guerras, sueños, recuerdos y libros no dura más que una estación, breve como los veranos en las montañas. Sin embargo, en ese tiempo que pasan juntos, hombre y árbol podrán curarse sus heridas mutuas. «Un salvático que conduce a la salvación», dejó escrito Mario Rigoni Stern, alerce centenario de la literatura italiana: plantamos árboles porque los árboles salvan a quienes vendrán después.

Paolo Cognetti
12 de julio de 2021

Cuando hace treinta y dos años vine a habitar la casa que yo mismo había construido, este lugar era yermo y salvaje: las matas de agracejo, rosales silvestres y enebro invadían el terreno pedregoso y cultivable que, en un pasado muy lejano, los habitantes del terreno vecino podaban para poder cosechar un poco de cebada y unas patatas. El bosque no se había recuperado de los estragos de la Gran Guerra: en su interior se escondió primero una batería austríaca con seis obuses de diez centímetros entre los árboles antiguos, y luego, en el verano de 1918, un fuego de contrabatería compuesto por cientos de cañones destruyó obuses, árboles y hombres. Se decía que también habían lanzado gases, por eso el bosque no se recuperaba y los árboles juntos, a una cierta altura, se secaban y morían. Aquí, no muy lejos, a un centenar de metros, aún se ven las ruinas de los refugios, las zanjas entre las trincheras y los vestigios de infinitas explosiones de bombas de todos los calibres. Tuve que trabajar mucho para allanar el terreno; arrancar las cepas, las raicillas, las matas. De la tierra apenas removida surgían trozos de granadas, balas de plomo, cartuchos. Y también huesos.

Era otoño, y un día, caminando con mi hijo mayor, recogí el primer árbol para traerlo a casa: un pino silvestre de unos pocos centímetros que crecía entre las rocas; y le hice una morada con la misma orientación a la luz que tenía en el bosque. Al cabo de unas semanas, antes de que llegara la nieve, recogimos dos pequeños abedules nacidos allí donde, en tiempos bastantes remotos, surgía un glaciar. Los planté con un poco de tierra húmeda rodeando las raíces, cerca del pino silvestre, a una distancia razonable: «Quedarán muy bonitos así, cerca del pino, los

abedules tan claros y amables al lado del pino oscuro y rudo», le dije a mi hijo.

A la primavera siguiente, llegó el momento de reunir unos brotes de hayas, algunos abetos y, cuando la nieve se retiró a las montañas más altas, varios arbustos de pino negro.

Desde entonces, año tras año, con ayuda de mi hijo el forestal, como regalo de amigos o bien por elección personal, con buenos y no tan buenos resultados, los ejemplares que rodean mi casa han ido aumentando. Los últimos en llegar han sido una variedad de cerezo y una de manzano, ambos regalos de dos estudiantes de un instituto agrario que, en esta época, están preparando la selectividad. Me han asegurado que resistirán nuestros cambios bruscos de temperatura, tan notables por aquí, pero antes de las primeras nevadas tendré que poner protecciones para que no se los coman las liebres.

Así, este lugar que era yermo y salvaje después de haberse cultivado con esmero —hasta el punto de que se conocía como «valle de los jardines»—, donde la guerra había dejado tantas huellas, volvió a ser «bello y civilizado».

He visto crecer los árboles y a mis hijos, y luego a mis nietos, encanecérame la barba; he sentido que mi paso se volvía menos ágil y el cansancio llegaba antes; ya no alcanzo a atrapar las abejas que revolotean en lo alto de los árboles; y las ramas donde, el día de Pascua, escondía los nidos llenos de huevos de chocolate para mis nietos ahora están muy por encima del suelo. He cortado algún árbol que me tapaba las vistas, y de otros he hecho leña para calentarme o tablas para pequeñas tareas domésticas. El año pasado planté dos cerezos silvestres y un mostajo...

Un día de primavera en 1989 me entraron ganas de escribir sobre la píceca, el árbol más común de nuestros bosques, y

después, poco a poco, vinieron descripciones de otros árboles, medio científicas, medio literarias. Consagraba la mayor atención, desde luego, a los árboles que tenía más cerca, como un rústico arboreto.

El arboreto, dice el diccionario, es una plantación de árboles destinada a la observación y el estudio desde una perspectiva botánica, forestal, agrícola, ecológica, estética, etc., para luego extraer un provecho práctico. Sin embargo, yo no tenía, ni tengo, esas pretensiones: el mío es un interés casi puramente estético y sentimental, y tal vez un poco ecológico en lo que atañe a la relación entre la vegetación y los animales, pues también he sido cazador. El sustantivo *arboreto* deriva del latín tardío *arboretum*, y esta antología se acerca a dicha noción, pero... ¿salvático? El adjetivo se empleaba en el Renacimiento en lugar de *selvático*: dos palabras que, al juntarlas, me gustan, aunque estén en oposición. Lo selvático es lo no cultivado, lo no doméstico y recubierto de selva, y también lo toscó; pero si ponemos la vocal *a* en lugar de la *e*, todo cambia: lo salvático es salvífico, que conduce a la salvación.

La población de árboles es muy amplia: desde los pantanos hasta los picos, de los climas tórridos a los gélidos, vemos innumerables árboles sobre la tierra repartidos en miles de especies. En Italia, según el último seguimiento, existen veinte mil millones de árboles en las regiones boscosas; luego están los árboles de los jardines, los campos, las carreteras o las ciudades. Si no existieran, no habría vida. De ninguna clase. ¿Y qué sería de nuestro planeta? Estaría muerto, árido como la Luna. ¿Tal y como acaso vuelva a ser un día, como canta el gallo silvestre de Leopardi? « [...] pero un silencio mudo y una quietud altísima llenarán el espacio inmenso. Así este arcano admirable y espantoso de la existencia

universal, antes de ser declarado o comprendido, desaparecerá y se perderá.»¹

Incluso los gnomos que viven en la oscuridad de la Gran Montaña cantan:

Siete veces bosque, siete veces prado,
y todo volverá como antes había estado.

Mientras tanto, nuestros árboles están aquí desde el Paleozoico; cuando el ser humano apareció en la tierra, ellos ya llevaban millones de años prestando la convivencia.

Hoy día, pese a los grandes progresos tecnológicos y científicos y la curiosidad que nos empuja a acumular cada vez más conocimiento, el estudio de la vida vegetal aún nos sigue reservando descubrimientos capaces de asombrarnos. En un reciente congreso de la Confederación Europea Pro Silva, algunos estudiosos han realizado una serie de observaciones en grupos de árboles asociados para constatar que estos intercambian elementos vitales a través de las raíces para soportar mejor los calvarios de su existencia; así, por ejemplo, unen las ramas para resistir mejor las inclemencias de las perturbaciones climáticas. En suma, del árbol singular se llega al grupo, del grupo al bosque, y de la vida breve del árbol —entre unas décadas y unos pocos siglos— a la vida milenaria del bosque.

Hay muchas cosas que aún no sabemos, y otras tantas las hemos perdido con el progreso. Nuestros ancestros tenían un vínculo más directo con las poblaciones arbóreas, así como más

¹ Giacomo Leopardi, «Il canticò del gallo silvestre», en *Operette morali* (1835), Garzanti, 2014 [trad. esp.: *Opúsculos morales*, traducción de Alejandro Patat, Buenos Aires, Colihue, 2015]. Todas las notas son de la traductora.

cognitivo y respetuoso, conforme a la religión y la sensibilidad. Cuando el ser humano vivía dentro de la naturaleza, los árboles eran una vía de comunicación de la tierra con el cielo y del cielo con la tierra.

Mario Rigoni Stern
Asiago, 9 de julio de 1996